



Sarmiento contraataca con su propia versión sobre la vida y muerte del Chacho Peñaloza

María Celina Ortale¹

Recibido: 31/12/13
Aceptado: 15/01/14

Resumen

El artículo expone las estrategias discursivas que empleó Sarmiento para la composición de la biografía de Ángel Vicente Peñaloza, ejecutado por las partidas mitristas en noviembre de 1863, cuando él se desempeñaba como gobernador de San Juan y había sido nombrado “Director de guerra” por Mitre para contener al caudillo. El ajusticiamiento de Peñaloza, considerado como un emblema del desfalleciente federalismo, generó una importante reacción en los medios de la época; Hernández compuso un folleto en el que describió la vida de esta emblemática figura y acusó a Sarmiento de ser su “bárbaro matador”. Para Sarmiento, este hecho significó el apartamiento de la vida pública de su provincia, pues bajo las recomendaciones de Mitre se dirigió a los Estados Unidos en misión diplomática. Una vez allí, en 1866 dará forma a su versión sobre Peñaloza, componiendo su último texto sobre caudillos que se integrará como eslabón final en la “trilogía de la barbarie” y que funcionará como autodefensa y a su vez como texto propagandístico en vísperas de su candidatura presidencial.

Palabras clave

Sarmiento – Hernández – polémica – caudillismo.

Abstract

This article exposes the discursive extrategies that Sarmiento used for the composition of Ángel Vicente Peñaloza’s biography, killed by Mitre forces in November 1863, when he was the governor of San Juan and appointed “Director of War” by Mitre to restrain the chieftain. The execution of Penaloza, considered as an emblem of the failing federalism, generated an important reaction in the media of the time; Hernández produced a leaflet in which described the life of this emblematic figure and accused Sarmiento of being his “barbarous killer”. To Sarmiento, this fact meant the retirement from the public life in his province, since under Mitre recommendations went to the United States in diplomatic mission. Once there, in 1866 he will give form to his version about Peñaloza, composing his last text as a self defense and at the same time as a propagandistic text in the vespers of his presidential candidature.

Keywords

Sarmiento – Hernández – polemic – leadership.

La biografía del Chacho según Sarmiento

Desgastado por los múltiples conflictos que debe enfrentar como gobernador de San Juan (además del funesto asesinato de Peñaloza), y a instancias del propio Mitre que considera prudente alejarlo de la función pública por un tiempo encomendándole una misión diplomática, Sarmiento parte para Chile en 1864 desde donde viaja a los Estados Unidos.

¹ Doctora en Letras (UNLP). Jefa de Trabajos Prácticos de la Cátedra de Filología Hispánica Fahce-UNLP. Investigadora del IdHICS-Fahce-UNLP. Contacto: mcelinaortale@yahoo.com.ar

Allí se pone inmediatamente en contacto con la viuda del educador Horace Mann y estrecha un vínculo que le asegurará su inserción en ese país mediante el conocimiento de sus grandes personalidades políticas y culturales y su proyección política personal.

Con este nuevo impulso Sarmiento se fortalece y revitaliza sus postulados para encauzarlos definitivamente en su campaña presidencial. El viaje a Estados Unidos “lo confirma en su propósito colonizador dentro de la Argentina: la lucha debe darse no sólo con la guerra; debe darse con la letra, se hará contra el saber nativo y contra su voz” (Montaldo 2004: 74). Con esta idea retoma las penurias que debió soportar en San Juan y que lo enfrentaron de modo contundente con las limitaciones prácticas que ofrecía el país para la consecución de sus objetivos, pero ahora lo hace desde una mira proselitista.

Desde esta perspectiva redacta, en 1866, la biografía que le permitirá insertar su análisis del episodio de Peñaloza, que simboliza –para él– el “último” obstáculo que se interponía en sus planes civilizatorios, y desde un punto de vista personal, el “último” opositor a su candidatura presidencial. Pareciera que éste es el fondo en el que diseña su texto; busca convertirlo así, en el epílogo de su propia epopeya, la coda de una vida dedicada al país, a la lucha obsesiva contra la barbarie, contra el atraso y la ignorancia. Esta mirada de Sarmiento se reconoce en la correspondencia que mantiene en estos momentos con Mitre, en la que enlaza sus textos con su proyecto pedagógico; y en conexión con este tema, no se priva de criticar el reconcentramiento en sí mismos de los porteños, que sólo salen de su entorno para mirar la producción de los grandes polos culturales: desconocen su obra pedagógica y sólo se interesan en ella cuando se enteran de que se está difundiendo en el exterior.²

El 27 de junio de 1866, Mary Mann le envía una carta donde confirma la recepción del manuscrito de la biografía del Chacho, de la que se deduce que, además de su opinión, espera que le consiga un editor.³ De hecho así sucede porque la primera publicación de esa biografía se imprime en los Estados Unidos en el mismo volumen que una nueva edición del *Facundo*, que Mrs. Mann ayuda a corregir.⁴ Barry Velleman, el compilador de las cartas

² En carta a Mitre del 28 de junio, desde el Lago Oscawana (Nueva York) anuncia que está componiendo *El Chacho, último caudillo de la montonera de los llanos* (aunque desconocemos si ya ha elegido este título): “Escribo una sucinta biografía del Chacho, para engrosar y completar la de Quiroga que hago reimprimir. La de Lincoln va por la tercera edición que se hará luego, para proveer a la demanda que de ella hacen de Habana, Centro América, Curaçao, etc. De Buenos Aires me escriben que hay poca esperanza de colocar doscientos ejemplares, en pueblo tan audaz para sostener doctrinas de su invención, y que sin embargo no tiene el pobre niño precoz el hábito de leer nada ni bueno ni malo. Mi país en los presupuestos de distribución de los librereros para colocar sus ediciones, figurará como Santiago en Chile, que tenía número inferior a Copiapó y Valparaíso; por la misma causa, la propia suficiencia, por lo que no supieron que se había publicado en Chile el *Facundo* sino cuando se lo avisaron de Francia. Veo que en Buenos Aires están leyendo recién mis *Viajes* de 1847, y que yo releo ahora, y me enorgullezco de haberlos escrito. Hasta la hora del apogeo norteamericano pude señalar entonces, ¡veinte años con previsión astronómica! Esto resarce con usura de muchos desencantos, en la difícil tarea de aleccionar pueblos mal educados”.

³ La breve misiva de Mrs. Mann dice “Le envié una carta a Peekskill & Lake Oscawana. Tal vez no sea la manera correcta, por lo tanto envío ésta a Nueva York. Estoy aguardando para enviarle el manuscrito sobre Chacho y las travesías pero temo correr riesgos con ellos. Por favor envíeme instrucciones” (Citada en Velleman, 2005: 124).

⁴ Se la identifica como “cuarta edición en castellano” (lo que hace evidente que Sarmiento está considerando como edición príncipe la publicación por entregas en el diario *El Progreso* de Santiago de Chile); además, introduce un cambio en el título que llevaban las ediciones de 1845 y 1851 (*Civilizacion i barbarie. Vida de Facundo Quiroga, i aspecto físico, costumbres i hábitos de la República Argentina*). *El Chacho, último*

de Mann, anota entre corchetes al referirse a esta misiva, que Sarmiento “le había enviado a Mary Mann los dos primeros capítulos”, la biografía de Aberastain y “algunas notas biográficas de sí mismo”, lo que ratifica el vínculo indisoluble que existe en estos textos entre obra literaria y actividad política autopropagandística (Velleman 2005: 123).

El Chacho, último caudillo de la montonera de los llanos como respuesta recontextualizada a las acusaciones de José Hernández

Si bien este texto aporta una respuesta implícita a las acusaciones de Hernández en su *Rasgos biográficos del General D. Angel V. Peñaloza* (Paraná, 1863),⁵ resulta evidente que Sarmiento –en esta etapa de su trayectoria vital– no sólo se ha propuesto rebatir al autor del folleto de Paraná, sino también atemperar el rechazo de la opinión pública ante los excesos cometidos en la represión de las montoneras; pero sobre todo, su autodefensa deberá sumarse a la exhibición implícita de una programática y de una capacidad para ponerla en práctica dignas de un futuro presidente de la República.

En un momento histórico en que la mayoría de los porteños ha visto en Peñaloza el “último” obstáculo para el inicio de la nueva etapa que comienza con la Nación reunificada, que sea justamente el autor del *Facundo* quien decida componer su biografía, anticipa una voluntad de coincidencia con esa “opinión pública”. La imagen del Chacho que construya en ella se opondrá ostensiblemente a la de José Hernández.

Pero Sarmiento no sólo está adscribiendo al género: el subgénero autodefensivo, que él había inaugurado brillantemente en *Mi defensa*, está presente en el subtexto. De todas maneras, evitará con astucia las marcas del discurso autobiográfico (como el uso de la 1ª persona), y al diluirse como contrincante político, su texto se convierte en un compuesto híbrido, de difícil catalogación, en el que se enfrentan amagos autobiográficos con el denodado esfuerzo por reprimirlos.

Es la elección del género autobiográfico uno de los rasgos que permiten deducir que esta nueva versión de la vida del Chacho interactúa polémicamente con el folleto de Paraná, esa pieza apasionada que no encubre su naturaleza panfletaria; sin embargo, cuidándose de replicar con exaltación, también toma distancia de esa mirada con una sutileza que se reiterará en el manejo de diferentes estrategias discursivas. Así, lejos de exhibir una postura confrontativa, el autor construye una escenografía como marco de un relato en el que habla de sí mismo como “el coronel Sarmiento” o mediante el empleo de elipsis que atenúan el conflicto y logran desviar la trama para evitar un choque frontal entre un “yo” civilizatorio y un “tú” bárbaro –puja a la que Sarmiento nos tenía acostumbrados–; el relato intenta crear apariencia de objetividad y va encadenando hechos y describiendo circunstancias paralelas que atenúan la responsabilidad única del que se había jactado de ser el garante impar del operativo y el político más idóneo para enfrentar a todos los caudillos del país.⁶

caudillo de la montonera de los llanos-Episodio de 1863 ocupa las páginas 217-318. En adelante tomamos las citas de esta 1ª edición. Respetamos la puntuación y ortografía original.

⁵ Hernández lo acusa de ser el instigador del crimen y en su panfleto dice que los asesinos del Chacho llevaron su cabeza en prenda “al bárbaro Sarmiento”.

⁶ En este sentido es muy ilustrativa una carta de Sarmiento a Mitre (San Juan, 13 de agosto de 1862) en la que le agradece la posibilidad que éste le ofrece de intervenir en los desórdenes que suscita Peñaloza: “Le agradezco que me haga una política y un papel para mí, que estoy cojo, como se hacen dramas a la talla del actor. La misión providencial que desempeño ya, será traer un rayo de civilización al interior, la que preveo es, si todo fuese desquiciado allá, mantener este pedazo de tierra en paz: por aquí no habrá sino bandalaje y destrucción o yo”.

A partir de esta treta bien identificada por Alberdi,⁷ la estrategia narrativa busca distanciarse de los hechos violentos concretos y Sarmiento pretende mostrarse como un personaje más de este trozo de historia del país, que en medio de la barbarie puede incluir episodios heroicos y grandiosos como el de la descripción del cruce de la cordillera. En este momento Sarmiento da vuelo a su maestría literaria; la majestuosidad de los Andes enmarca el paso obligado para todos los exiliados políticos de esa región, entre los que él también se cuenta. De este modo, el texto vuelve a cruzar de manera sesgada el relato autobiográfico, pues Sarmiento narra el paso desde su propia experiencia, no desde la mirada del Chacho. Esa descripción cumple la función de desviar la atención desde el personaje del Chacho hacia un sujeto plural; Sarmiento y todos los exiliados que debieron huir a Chile y a otros países vecinos en busca de refugio durante la tiranía rosista. Así, el heroísmo que Sarmiento parece reconocerle al Chacho no es tal, sino una excusa para aludir a su propia hazaña, a su sacrificio personal por el país y a su denodada lucha en contra de la tiranía; de este modo sus estrategias discursivas buscan difuminar su responsabilidad en los hechos violentos que terminan con la vida del caudillo.

Interacción polémica con *Rasgos biográficos del General D. Angel V. Peñaloza*

La interacción polémica que *El Chacho, último caudillo de la montonera de los llanos* de Sarmiento entabla con *Rasgos biográficos del General D. Angel V. Peñaloza* de José Hernández se vertebra en dos parejas de opuestos: se contraponen ahora sendos núcleos narrativos destinados al ataque de un personaje político en ascenso, dos formaciones discursivas destinadas a su autodefensa.

Recordemos que la agresión de Hernández se había valido de fuertes impactos emocionales: la construcción de la figura idealizada de la víctima de un asesinato político (un patriarca venerable, generoso y justo) y la determinación de un culpable que se revela como “un bárbaro de la política” en una argumentación que se vale de la misma estrategia discursiva que había utilizando Alberdi en las *Quillotanas* (una reversión argumentativa, a partir de la tesis del *Facundo*, para acusarlo de ser “un gaucho de la pluma”).

A su vez, la defensa de Sarmiento se fundamenta en la construcción de otra figura del Chacho (que se identifica con otra “barbarie”) y en su autorrepresentación como “civilizador” (con alusiones a su trayectoria y a su condición de autor de propuestas que le dan el estatuto de “pensador y constructor de la Nación”); pero además, para esgrimir su autodefensa, busca apartarse ostensiblemente del discurso panfletario de la *Campaña* y de *Las ciento y una* (y también del folleto de Hernández), lo que permite advertir que –a la par que polemiza y “guarda rencores”– sabe asimilar las críticas a una conducta y un desenfado expresivo que provoca, ciertamente, varios rechazos. También reprimirá ostensiblemente esa omnipresencia del *yo* ridiculizada en las *Quillotanas*.

Por otra parte, la tensión que se deduce del empleo del texto como promoción de su candidatura presidencial (mediante un discurso proselitista dirigido exclusivamente a los porteños en el que combina reflexiones sobre el desarrollo industrial del país, la actividad solidaria en Mendoza, etc.) y a su vez como autodefensa de acusaciones (debe responder a

⁷ Alberdi define al texto como “un alegato de bien probado, la relación de un pleito”, y luego agrega: “Se necesita no respetar al público para darle a leer tal escrito como digno de él” (Alberdi, 1897, V, 307).

Hernández, a Alberdi, a Rawson, etc)⁸ conduce a la desarticulación narrativa. La obra no presenta una estructura orgánica, hay permanentes puntos de fuga que tienen que ver con la policausalidad de este proceso escritural que alterna, en una sucesión caótica, las intenciones proselitistas, luego justificativas, a veces polémicas.

El principal contrapunto que establece con los *Rasgos biográficos* de Hernández se sostiene sobre la demolición de la estatura heroica del Chacho. Este Chacho es un antihéroe: “Ni aún la simple curiosidad merece hablar de su origen” (Sarmiento 1868: 220). No tiene calidad militar: “fue derrotado siempre que alguien lo combatió, sin que se sepa en qué encuentro fue feliz; pues de encuentros no pasan nunca sus batallas” (222), y tal es su insignificancia y mediocridad que “la mente se abisma buscando la atracción que ofrecía sobre sus secuaces” (222). No aspira a la gloria: “A pocos hombres ha hecho morir, [...] pero millares han perecido en sus desórdenes”. No tiene tampoco virtudes morales; sirve a cualquier poder sin lealtad política, va con quien lo llama: “Su papel, su modo de ganar la vida, digámoslo así, era *intervenir* en las cuestiones y conflictos de los partidos, cualquiera que fuesen, en las ciudades vecinas” (222. La cursiva es de Sarmiento). Para Hernández era un caudillo que estaba atento a la construcción de la nacionalidad, para Sarmiento sólo es un confuso montonero acomodaticio. El episodio en el que Hernández destaca que Urquiza lo nombra general de la Nación, Sarmiento lo recupera pero lo enmarca en un gesto de desprecio de Urquiza que sólo lo hace “para dejarlo tranquilo en su casa” y luego señala “la poca importancia que se daba a este caudillejo en el Litoral” (240).

La imagen del Chacho que construye se ajustará a otra perspectiva: analfabeto, bandido, vándalo montonero que demora la organización definitiva de la Nación; una rémora de la rusticidad política colonial que perturba la entrada del país en una etapa de revolución social y política modernizadora. Al despojarlo de la talla épica que le había otorgado Hernández, el Chacho pasa a ser sólo un “perturbador”, un cobarde que “huye, huye, huye”, un “depredador” que molesta con sus “correrías”, un “oscuro cabecilla sin ideas, sin periódicos” y cuyas batallas no tienen “brillo”, un “plebeyo” y en una escalada de agresividad: “un ebrio estólido” (264).

Sin embargo, con un evidente fin proselitista, Sarmiento asume una mirada condescendiente novedosa. Debió entender que la defensa de Hernández y la reacción periodística que suscitó la muerte del Chacho le imponían un esfuerzo de moderación, no muy común en su prosa, y se avino a aceptar cierta singularidad en la figura del Chacho, pero con la reticencia suficiente como para desactivar un efecto que pudiera perjudicarlo:

Desde ese día principia el acto más heroico, más romanesco que las crónicas de la montonera tan intanjible, tan rápida i fugaz recuerdan. Alguna cualidad verdaderamente grande debia de haber en el carácter de aquel viejo gaucho, si no era nativa estolidez, como la terquedad brutal que a veces pasa plaza de constancia heroica. (Sarmiento 1868: 276)

El Chacho de Sarmiento también le disputará al de Hernández la incriminación drástica de su persona en los hechos que determinan la muerte violenta del caudillo. Sarmiento se opone a esta estrategia de Hernández que lo apostrofa de “bárbaro matador”

⁸ En este contexto se incluye desde la biografía del Chacho que escribe Hernández en 1863, las *Cartas Quillotanas* de Alberdi en donde lo acusa de ser “el gaucho malo de la pluma”, hasta su contrapunto con el ministro del Interior, su co-provinciano Guillermo Rawson.

construyendo su propia imagen como “civilizador”, gesto que implica la difuminación de su participación política en los hechos militares: de ningún modo puede ser un “bárbaro asesino” el “gobernador de San Juan que ya no dirijía la guerra” (279), que pedía auxilio legal al gobierno nacional, que se intercambiaba partes respetuosos con el Chacho, que estaba asegurando el progreso industrial, educativo e institucional de San Juan.

Con este objeto, Sarmiento se dedica a refutar las denuncias del apartado titulado “Revelación de un crimen”, en donde Hernández describía con lujo de detalles la supuesta manipulación fraudulenta de las fechas, partes y circunstancias en que el asesinato de Peñaloza había sido fraguado. En el capítulo “Las cosas como son” Sarmiento está respondiendo claramente a estas acusaciones, desvinculándose de los hechos y apuntando a los responsables. En relación con la datación del asesinato, se cuida bien de fijarla según los partes que recibió de Irrazábal y de Arredondo, para demostrar que no ha mentado sino que sólo se ha limitado a reproducirlos. Y en cuanto al hecho concreto de cortarle la cabeza al Chacho y exponerla en la plaza de Olta, cuando ya no puede evitarlo, Sarmiento hace una descripción sucinta:

Llegado el mayor Irrazábal, mandó ejecutarlo en el acto y clavar su cabeza en un poste, como es de forma la ejecución de salteadores, puesto en el medio de la plaza de Olta, donde quedó ocho días. (Sarmiento 1868: 302)

Pero Sarmiento entiende que esta explicación es insuficiente y dedica varios párrafos a analizar el hecho desde el punto de vista político. Distingue los matices semánticos entre guerrilla y montonera, militar y bandido para reforzar la posición que sabe débil, retomando la escena que finalmente justifica:

Chacho, como jefe notorio de banda de salteadores, i como *guerrilla*, haciendo la guerra por su propia cuenta, murió en guerra de policia, en donde fué aprehendido, i su cabeza puesta en un poste en el teatro de sus fechorias. Esta es la lei, i la forma tradicional de la ejecucion del salteador. Algo mas justificaba aquel acto. Que no había justicia en el país que tales cosas sucedían [...] (Sarmiento 1868: 310. El énfasis, muy significativo, es de Sarmiento)

Antes había tomado la precaución de seleccionar un antagonista que desviara la atención del lector. Sarmiento elige a Sandes, un denodado jefe mitrista fallecido recientemente, delegando en su mítica calidad como militar la responsabilidad del asesinato del Chacho. A pesar de que Sandes muere antes que el Chacho, Sarmiento se las arregla para trasladar toda la culpa a su leyenda hercúlea y llega al paroxismo de sostener que el Chacho “murió en sus manos, aún después de muerto él”. Así Sarmiento desaparece como contrincante y a su vez intenta evitar futuros conflictos con militares que aún viven y que pueden contradecirlo. Los problemas sin embargo, vendrán indefectiblemente de parte de Irrazábal y Arredondo, quienes al finalizar su presidencia le reclaman a Sarmiento su responsabilidad en los acontecimientos.

Por otra parte este esfuerzo de moderación de Sarmiento se trasluce en la propia manipulación de las categorías del *Facundo*. Una vez más volverá a recuperar la antinomia, pero no para dirigirla con saña a Peñaloza. Intentará disimular las categorías antagónicas en una estructura que tampoco las contiene con la claridad programática del *Facundo*. En *El Chacho* los capítulos no conforman una unidad articulada y el discurso de “civilización o

barbarie” no se capitaliza contra el caudillo enemigo en una progresión clara, ni siquiera subliminal, como la de la *Campaña en el Ejército Grande*.⁹

Esto es quizás la prueba más contundente de que la oposición, liderada por Alberdi y Hernández, se ha apropiado del discurso de Sarmiento. Preocupado por garantizar su proyección política, Sarmiento comprende con aguda perspicacia que no debe reponerlo impunemente pues este objetivo no admite los excesos de una prosa panfletaria.

De este modo, no se atreverá a fustigar con la “barbarie” ni a esgrimir un lenguaje expresivo desmedido en contra de Peñaloza. La recuperación de este tópico será menos vertebral en este texto que abandona el molde ajustado y adquiere más amplitud. Con este fin, Sarmiento encuentra que Sandes, un jefe mitrista, era “un montonero de origen” (Sarmiento 1868: 280). Luego, para fundar un nuevo argumento de justificación, en “La guerra en los Llanos”, cita la opinión de un mariscal de Francia que recomienda cuestionables estrategias de guerras: “El Mariscal Bugeaud decía con este motivo que para vencer a los bárbaros con sus medios era preciso hacerse más bárbaro que ellos” (276).

En cambio, las referencias a la barbarie de Peñaloza se orientarán a denunciar un aspecto menor, la ignorancia del caudillo. En el primer capítulo define a Peñaloza como: “un paisano semi-bárbaro”, que “conservóse bárbaro toda su vida”, y cuya vestimenta de gaucho era un modo “de burlarse de los pueblos civilizados” (220-1). Luego recupera el tópico del desierto asiático para continuar ahora refiriéndose en términos teóricos a “el bárbaro”. Ya no se refiere puntualmente Peñaloza, sino que emplea una referencia de sentido general que va enfocando el conflicto. El “bárbaro” es un individuo rústico e inculto, pero no por ello violento; es “insensible de cuerpo, como es poco impresionable por la reflexión, que es la facultad que domina en el hombre culto” (223).

En el segundo capítulo se registran tres empleos del término pero ahora están referidos a los indios de la zona, en una digresión narrativa importante que incluye premisas electorales que desvían la atención del lector. Sarmiento se refiere a sí mismo usando un circunloquio que despista: ¿cómo podría encargarse de perseguir al Chacho por los Llanos cuando se estaba dedicando a los cultivos de San Juan?¹⁰

En el apartado siguiente la tesis se emplea para describir a Mendoza como un baluarte de la “civilización”, cuya acción “civilizadora” se perdió luego del devastador terremoto que la dejó en ruinas. En consecuencia San Juan se entroniza como único centro de civilización y educación para contener “los progresos de la barbarie” (243). Ahora sí la tesis del *Facundo* opera con claridad; Sarmiento ha redireccionado su ataque mediante un corrimiento ideológico importante. El texto testimonia esta resignificación de las categorías y les da rienda suelta. Sarmiento encarna a partir de aquí al “civilizador”, al educador, que desprecia la rusticidad del Chacho que no sabe leer ni escribir, cuyos partes son inventados por los amanuenses, que se atreve a emplear un lenguaje culto que no le pertenece, que no sabe ni siquiera pronunciar como corresponde.

⁹ Tanto el *Facundo* como la *Campaña en el Ejército Grande* describen mediante un incremento de la tensión narrativa, el camino de barbarización (de Quiroga y Rosas en el primer caso, de Urquiza en el segundo) que culmina a su vez en Barranca Yaco y Palermo. Sarmiento no justifica el asesinato del Chacho con este recurso porque lo considera riesgoso. Sería interpretado ahora como un gesto faccioso que es imperioso suprimir.

¹⁰ Sarmiento viene describiendo la actividad agrícola de las poblaciones originarias que se manifiesta en vestigios de antiguos canales de irrigación: “Aquellas indicaciones de canales, sirvieron al Gobernador de San Juan en 1863, para fijar el lugar donde habrían de erigirse las fundiciones de Hilario, que empiezan a dar nueva vida y riqueza mayor que las labranzas de Soria a aquellos lugares despoblados por la conquista” (228).

Pero las referencias se han limitado a un matiz menor, vinculado a su aspecto educativo. Peñaloza es bárbaro porque no fue alfabetizado y en este terreno la oposición maniquea sí se admite como indiscutible, porque se esgrime en el campo en el que Sarmiento se mueve con más naturalidad. Con esta autoridad legítima puede ahora incorporar una de sus proclamas al pueblo riojano en la que se aprecia el uso desembozado de los términos de la tesis. En el capítulo “El alzamiento del Chacho” se retoman sin maquillaje las expresiones más típicas de Sarmiento, de lenguaje más desmedido y pasional pero que excluye la violencia, sin descuidar a su vez el enfoque pedagógico que ha preferido para la composición de su texto:

Peñalosa se ha quitado la máscara. Desde la estancia de Guaja, secundado por media docena de bárbaros oscuros, que han hecho su aprendizaje político en las encrucijadas de los caminos [...] No es un sistema político lo que estos bárbaros amenazan destruir. Es todo orden social [...] [La Rioja] es hoy un desierto poblado de muchedumbres que solo el idioma adulterado conservan de pueblos cristianos. (Sarmiento 1868: 256)

Finalmente los últimos capítulos no incorporan ninguna mención de la antinomia. Sarmiento no puede contenerse y se desboca polemizando con Rawson y el estado de sitio, la explicación del *habeas corpus* y las garantías constitucionales de “constitucionalistas de nuevo cuño” (291). Se burla con sorna de las imposiciones formalistas que no tienen en cuenta las circunstancias de aplicación práctica, pero se cuida de demostrar que aceptó la decisión superior y se “tragó sus razones”. No obstante deja en claro que se hace cargo de la polémica, pues parece que además escribió a los gobiernos de provincias vecinas que también estaban amenazados por los alzamientos, diciendo que daba “grima ver al gobierno nacional, como unos chiquillos, metiendo bulla con el estado de sitio” (302).¹¹

El cierre, a pesar de esta desviación extensa, es muy logrado. Sarmiento ilustra con una metáfora de gran efecto el sentido de la muerte del Chacho y anuda el vínculo con el *Facundo*:

Hemos por esto dado grande importancia al drama al parecer humilde que terminó en Olta en 1863. Era como las goteras del tejado, después que la lluvia cesa, la última manifestación del fermento que introdujeron Artigas a la márjen de los ríos, Quiroga a las faldas de los Andes. El uno desmembró el Virreinato, el otro inutilizó el esfuerzo de Ituisango, con treinta años de convulsiones internas. Civilización i barbarie era a mas de un libro un antagonismo social. (Sarmiento 1868: 318)

Organización del relato

El texto se divide en once capítulos que van urdiendo, de modo un tanto inconexo, la trama vital de Peñaloza. Como se ha dicho, dos objetivos inmediatos se entrecruzan en el designio

¹¹ El 13 de marzo de 1863, cuando se produce el levantamiento del Chacho, Rawson envía una circular a Sarmiento con las recomendaciones sobre las medidas que deben adoptarse frente a la montonera en La Rioja. Como no son observadas por Sarmiento, que le responde a su vez con otra circular, desde el gobierno de Mitre se ven en la necesidad de publicar un trabajo titulado *El estado de sitio según la Constitución Argentina*, que comprende los documentos producidos por una y otra parte a fin de que el conflicto con Peñaloza no se transforme en una amenaza para la unidad y paz de la República.

escritural que Sarmiento emprende con esta nueva biografía de un caudillo: contrarrestar los rechazos que ha concitado su responsabilidad ideológica en la represión de las montoneras y promover su candidatura presidencial consolidando su imagen de “civilizador”, imagen que tiene interés en presentar como una “sumatoria” debido a diversos factores: su contribución al esclarecimiento de una identidad nacional, su apoyo a una programática política que ha sido liderada por Buenos Aires y sus propuestas concretas en materia de educación, que postula como el instrumento fundamental para emprender el camino definitivo hacia el Progreso. Esos dos objetivos se implican mutuamente, pero imponen de todas maneras diferentes estrategias discursivas; de estos entrecruzamientos (y de la velocidad con que, seguramente, fue redactado el texto), surge esa cierta falta de conexión que sólo es restablecida por un subtexto que aporta claves interpretativas (un fenómeno textual que ya fue señalado en el análisis de *Campaña en el Ejército Grande*).

Como venimos observando, con estos fines la figura del Chacho se convierte en emblema de dos cuestiones claves para la vida política nacional que el gobierno de Mitre ha dejado sin solución y que a Sarmiento le interesan sobremanera: la educación y la cuestión de los indios.¹²

Para concentrar la mirada sobre estos tópicos, Sarmiento redefinirá el fenómeno del caudillismo en este último trabajo sobre el tema, del que se deduce, de modo explícito, que el gauchaje es un producto del mestizaje indígena.¹³ Este último ataque al gaucho se materializará luego, durante su presidencia, en la decisión de incrementar las cuestionadas levadas compulsivas de pobladores de la campaña para enviarlos a los fortines de la frontera con el fin de resistir las frecuentes invasiones. En un contexto de alarma creciente ante la intensificación de los malones, el político que se está autopropiando como candidato a la presidencia de la República decide dar otra vuelta de tuerca en su concepción antinómica de la problemática nacional: la oposición civilización-barbarie debe sumar y reinstalar enfáticamente al indio en el polo negativo. El determinismo natural y social al que adscribe Sarmiento los considera como el producto humano del mismo ámbito: el desierto, el espacio salvaje que los cobija.¹⁴

¹² A lo largo de la historia argentina del s. XIX se fueron entrecruzando propuestas políticas diversas frente a los pobladores originarios que habitaban el llamado “desierto”: van desde escasas mociones de programas de asimilación cultural e incorporación paulatina hasta las campañas militares contra las tolderías y pasan por la metodología de las dádivas a cambio de convivencia pacífica o –durante las guerras civiles– de colaboración con los ejércitos que se enfrentaban. En este momento histórico, la frecuencia de los malones determina en la sociedad una actitud que se va alejando progresivamente de una posición humanitaria, de allí que fijar una posición beligerante frente al indio forme parte de la plataforma política de alguien que, como Sarmiento, aspiraba a ocupar la presidencia de la República.

¹³ Con suspicacia le dice Sarmiento al lector, casi sobre el final de *El Chacho, último caudillo de la montonera de los llanos*: “Habránse notado durante toda la lucha estas concomitancias de la montonera con los indios salvajes del desierto” (1868: 311).

¹⁴ Sarmiento es explícito al reunir al gaucho y al indio en el paisaje salvaje americano: “La causa de estas relaciones es que entre el gaucho de a caballo i el indio de la pampa, la línea divisoria en fisonomía, hábitos e ideas es tan vaga, que no acertaría cualquiera a fijarla (311). Insiste también sobre este tópico en el apartado donde se refiere a Clavero, donde narra que el caudillo se refugia entre la indiada un tiempo para escapar de la persecución del Estado. El gaucho, el indio, el desierto, la frontera: una vez más, el tratamiento de estos tópicos divide (a la par que revela alguna afinidad subterránea) en los discursos de Sarmiento y José Hernández; pero los ataques que Hernández dirige en forma directa contra su adversario por medio de *El gaucho Martín Fierro* comportan una confrontación que esta fuera de los límites de este trabajo, centrado en la interacción polémica entre dos textos biográficos.

Sucesión de capítulos

Los capítulos de *El Chacho, último caudillo de la montonera de los llanos* van desarrollando esos tópicos de manera gradual, intentando desactivar esa crítica devastadora que había sido iniciada por Hernández tres años antes y que –en forma directa, mediatizada o acompañada de reacciones con la misma orientación– fue asumida no sólo por los opositores políticos –que condenaron de inmediato la injerencia de Sarmiento en el ejercicio de la violencia desproporcionada–, sino por un abanico más amplio de la opinión pública, que reclamó por el acatamiento de la normativa legal.

“En Chile i a pié!”

El primer capítulo describe poéticamente el marco geográfico majestuoso de la cordillera. Es aquí donde Sarmiento entrecruza con la vida del biografiado una experiencia de su propio exilio (cuando debió atravesar los Andes en busca del refugio chileno). Pero con un cambio drástico de modalidad discursiva, irrumpe la anécdota que da título al capítulo desentonando con el tono épico del relato inicial. Sarmiento describe al Chacho como un bárbaro ignorante, que por ello pierde todas las batallas, se entromete imprudentemente en los asuntos ajenos y carece de convicciones firmes: ha servido a todos los jefes, desde Rosas hasta Mitre. Ya desde el comienzo, se discurre además sobre la relación entre las montoneras y los pobladores originarios de la zona.

“Las travesías”

Desde la perspectiva determinista del *Facundo*, se describe aquí “la fisonomía del teatro del último levantamiento del Chacho” –los Llanos riojanos– como un desierto que se extiende entre las ciudades de La Rioja, San Luis, San Juan y Mendoza: este desierto impide el avance de la civilización y amenaza con su destrucción definitiva. Se discurre sobre los pobladores originarios (tribus huarpes) y sobre los quichuas que se enseñorearon del valle; se insiste así en remarcar una afinidad de esencias entre lo indígena y la idiosincrasia del gaucho.

“Reconstrucción”

Este apartado analiza el desgraciado episodio del terremoto de Mendoza. Luego de un claro intento proselitista por captar al público porteño en el que ensalza su labor solidaria con los afectados por la catástrofe, el texto pone de relieve que ya sólo quedaba la provincia de San Juan para encarar la tarea de frenar “el salvajismo de la travesía” (“el desierto pesaba sobre San Juan”). Así, se presenta la reacción de esta provincia como la única que puede enfrentar la barbarie de los seguidores del Chacho, e implícitamente, a su gobernador (en esa etapa, Sarmiento) como el hombre destinado a hacerse cargo de esa empresa.

“San Juan”

Sarmiento inicia este capítulo con una sentida lamentación por la muerte de su amigo Aberastain a manos de los “bárbaros” (denominación que aquí engloba a todos los opositores políticos del programa liberal que se propone implantar en San Juan). Sarmiento critica a Juan Sáa, el interventor de la provincia enviado por Derqui –y a Derqui por ser incapaz de resolver el conflicto–, y aquí aparece la primera mención de sí mismo, aunque en 3ª persona.

“Reaccion”

Para entrar en el tema que más le interesa crea una atmósfera digna de las novelas de suspenso: “Bajo los más siniestros auspicios se abría el año 1863 en la región que hemos descrito”. En ese clima localiza un planteo dramático (el “drama de Olta”) y presenta a los personajes principales que van a actuar con ese fondo escenográfico: el Chacho, Sandes, Irrazábal y Arredondo. Para sí, prefiere reservarse un papel breve y secundario. Este capítulo incluye la transcripción de comunicaciones oficiales entre él y el Chacho para resaltar el hecho de que estas son escritas por amanuenses ya que su rival es analfabeto.

“Alzamiento del Chacho”

El recurso retórico de la oposición paralelística y una alusión al apoyo institucional que tuvo su misión política (el día en que “todas las provincias se pusieron en armas para luchar en contra del Chacho”) aportan intensidad y solidez a su principal argumento defensivo: la invasión de estas hordas hambreadas, desorganizadas, incivilizadas, que constituyen una amenaza para el nuevo orden social que se aspira a imponer (tienen una acentuada tendencia al ocio, no respetan la propiedad privada), se contraponen a los logros progresistas de su gobernación: la llegada del ferrocarril, la fundación de escuelas, los inicios de la explotación minera.¹⁵

“El Chacho en Córdoba”

Como las huestes de Peñaloza se mueven con rapidez y avanzan después de haber logrado dejar a la ciudad de San Juan sitiada, Sarmiento debe ir describiendo a la vez las posiciones de Sandes y de Arredondo. Y no se olvida de registrar las opiniones “autorizadas” en contra del caudillo: las del gobierno nacional, las de los distintos ministros de Mitre, y la del “gobernador de San Juan” (en otra referencia a sí mismo en tercera persona).

“La guerra en los llanos”

El talento literario de Sarmiento logra dar aliento de epopeya a la campaña militar que va a culminar con la muerte del Chacho. Empieza describiendo la denodada personalidad del comandante Arredondo. Después se detiene en la del brioso coronel Sandes, que finalmente morirá de sus muchas heridas y en un pasaje memorable, describe cada una de las cincuenta y tres heridas que sufrió Sandes a lo largo de su carrera militar. Y después de describirlo como un “Orlando Furioso”, la muerte del Chacho –a la que se llegará por la intervención de “héroes” como él– es presentada como el producto de una “cólera homérica”. Así, la literatura sustituye a la historia: el discurso épico con que se describe la batalla, la mitificación de sus paladines y la maestría en el manejo de la hipérbole aspiran a opacar objeciones legalistas y humanitarias.¹⁶ También se transcriben los partes oficiales con el Chacho en los que Sarmiento busca mostrar un dominio de la situación (supuestamente verificable en la lectura del registro respetuoso y moderado que impone su comunicación oficial con el caudillo) que se desmiente al conocer su correspondencia personal con Mitre.

¹⁵ Se trata del capítulo más coherente con el tenor de su correspondencia con Mitre; pero en las cartas es explícito y no oculta su inveterado egocentrismo: el Chacho le arruina su “bella obra de civilización”.

¹⁶ Emilio Carilla se ha referido a esta descripción hiperbólica de Sandes: “Retrato e hipérbole confluyeron en este párrafo sobre el sanguinario (en todo sentido) Sandes. Naturalmente Sarmiento no lo ve como lo vieron, por ejemplo, Hernández y otros. Lo que me interesa destacar aquí es el acierto expresivo logrado” (Carilla 1964: 54).

“*El Chacho en San Juan*”

Sarmiento establece un vínculo intertextual con el *Facundo*, “de que es complemento este último episodio de la montonera” y transcribe algunos pasajes donde nuevamente se menciona a sí mismo en tercera persona.¹⁷ Sigue los derroteros de Irrazábal y Arredondo, ambos demorados en trámites legales para la obtención de caballadas y mulas mientras el Chacho se traslada con libertad por los Llanos.

“*Las cosas como son*”

Describe con prosa despojada el momento en que rodean al Chacho y lo baten en Olta, y se pormenorizan los últimos movimientos antes de prenderlo.

“*La justicia del estado*”

Analiza el indulto a Clavero, sedicioso que volvió a convocar a la sedición al pueblo riojano y luego se refugió entre los indios. El ejemplo de Clavero le sirve a Sarmiento para introducir la discusión sobre el derecho del Estado a declarar una ley marcial tal como se acostumbraba en los países anglosajones como Estados Unidos e Inglaterra. En el contexto de una autodefensa, esa digresión funciona como un recurso para aludir a la funcionalidad del juicio militar sumario para disponer la ejecución de un jefe sedicioso que pueda poner en peligro la paz de la Nación (condición que él atribuye a Peñaloza).

Por último, el texto remonta vuelo en la cuerda ensayística, donde un “pensador americano” interpreta el pasado caudillista como una “prehistoria” argentina, donde los caudillos son presentados como “dinosaurios” que los futuros estudiosos del país considerarán como “monstruos inexplicables pero reales”. Con una lógica que anuda este texto con todos sus escritos sobre la barbarie, los reúne con maestría argumentativa para cumplir el objetivo que nunca relegaron: promover su personalidad política. De este modo, un texto un tanto errático y desaparejo reinstala a un “constructor de la Nación” y confirma la dominación simbólica que había logrado con el *Facundo* (la obra consagratoria que, por otra parte, tiene una presencia palpable como paratexto de las dos primeras ediciones de *El Chacho*).

Esta construcción discursiva dispara sentidos múltiples: para Sarmiento, es él quien empieza a escribir la historia del país cuando extingue a los caudillos y a la ignorancia que ellos representan. Y hay un doble juego con el tópico de la escritura: por un lado, su construcción literaria es identificada con la tarea de construir una Nación; por otro lado, es el vehículo de su propuesta política inmediata. Si se le brinda la posibilidad de acceder a la presidencia de la República, se concretará su proyecto alfabetizador y el país pasará de la “prehistoria” –definida en función de la ausencia de “escritura”– y entrará en el mundo moderno, donde los hombres ya no necesitarán ser héroes cavernarios para poder sobrevivir, donde la inteligencia tendrá más valor que la fuerza física.

Pero la construcción literaria también deja flotando una imagen gótica de lo monstruoso que ofrece lugar al misterio, a lo “inexplicable”, y abre la puerta a las interpretaciones del lector para que pueda aportar sus propias conclusiones, una opinión más sobre el fenómeno del caudillismo y sobre la polisémica figura del Chacho Peñaloza.

¹⁷ “El lector necesita otro antecedente para comprender este cargo de unitario. En la vida de Quiroga de que es complemento este último episodio de la montonera [...]” (Sarmiento 1868: 291).

Pero como ya se ha apuntado, no todos los que defendieron al Chacho acusaron a Sarmiento. Algunos eligieron un responsable colectivo en la política porteña, otros se circunscribieron al nivel del mayor Irrazábal y otros excusaron su conducta por las intemperancias propias de las guerras irregulares. Fue José Hernández quien, redactando en *El Argentino* de Paraná las notas que luego se difundieron en un folleto, inauguró una línea acusatoria focalizada en la figura de Sarmiento y quien lo anatemizó con un epíteto que reforzaba la agresión alberdiana: el “gaucho de la pluma” pasó a ser “el bárbaro de la política”.

Bibliografía

- Alberdi, Juan Bautista (1957). *Cartas Quillotanas*. Buenos Aires, Ediciones Estrada.
- Alberdi, Juan Bautista (1900-1901). *Escritos póstumos*. Buenos Aires, 1895-1901, 16 tomos: Imprenta Europea, 1895-1897, I-V; Imprenta Alberto Monkes, 1898-1900, VI-XI; Imprenta Juan Bautista Alberdi, XII-XVI.
- Carilla, Emilio (1964). *Lengua y estilo en Sarmiento*. La Plata, Facultad de Humanidades, UNLP.
- Montaldo, Graciela (2004). *Ficciones culturales y fábulas de identidad en América Latina*. Rosario, Beatriz Viterbo Editora.
- Hernández, José (1863). *Rasgos biográficos del General D. Angel V. Peñaloza*; colección de artículos publicados en *El Argentino*, Paraná.
- Hernández, José (1875) *Vida del Chacho; rasgos biográficos del General D. Angel V. Peñaloza*, Buenos Aires, Angel da Ponte editor.
- Rawson, Guillermo (s/d). *Polémicas con Sarmiento. Discursos y escritos políticos*. Buenos Aires, W. M. Jackson Inc. Editores, Colección Grandes Escritores Argentinos, t. XXI.
- Sarmiento, D. F. (1868). *Facundo; civilización i barbarie en Las Pampas Argentinas*. Nueva York, D. Appleton y compañía.
- Sarmiento, D. F. (1911). *Sarmiento-Mitre. Correspondencia 1846-1868*. Buenos Aires, Imprenta de Coni Hermanos.
- Velleman, Barry (2005). *Mi estimado Señor. Cartas de Mary Mann a Sarmiento (1865-1881)*. Buenos Aires, Ediciones Fundación Victoria Ocampo.